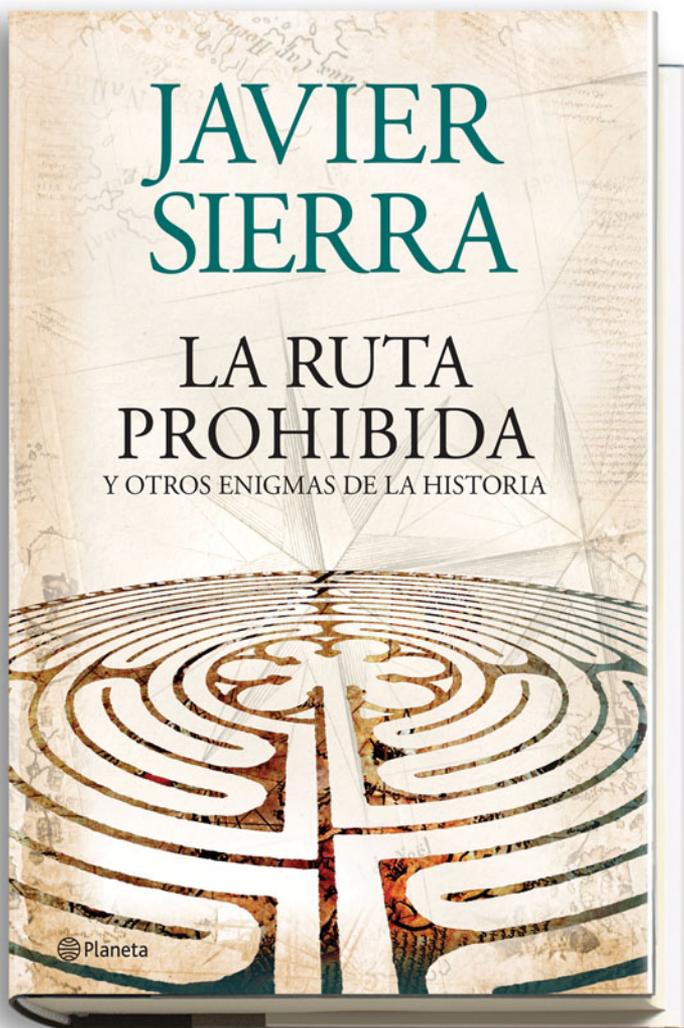


1eros. Capítulos
JAVIER SIERRA

La Ruta Prohibida y otros enigmas de la historia



Una enigmática aventura por
las entrañas de la Historia

La ruta prohibida

Tuve que leer dos veces aquella frase para convencerme de que era real. Me froté los ojos, incrédulo, y le eché un tercer vistazo. ¿Cómo era posible que en cinco siglos nadie hubiera reparado en aquello? Frente a mí, en el corredor izquierdo de la imponente basílica de San Pedro, en Roma, el monumento funerario de Inocencio VIII mostraba orgulloso una inscripción profundamente anacrónica: *Novi orbis suo aevo inventi gloria*. «Suya es la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo.»

Aquello era un sinsentido de proporciones colosales.

Inocencio VIII, genovés, de nombre secular Giovanni Battista Cybo, dirigió el rumbo de la Iglesia entre 1484 y finales de julio de 1492. Falleció de fuertes dolores abdominales y fiebres *una semana antes* de que Cristóbal Colón zarpara del puerto de Palos, el 3 de agosto de aquel año. Así pues, ¿cómo era posible que su epitafio, inscrito en mármol negro y expuesto a los ojos de todo el mundo, asegurara que el mérito del descubrimiento de América fue suyo?

Ahí, definitivamente, había un misterio para mí. El mismo destino que me había burlado en Jerusalén había vuelto a ponerme tras una buena pista.

Esta vez llegué a ella gracias a los buenos oficios de Ruggero Marino, un periodista de *Il Tempo* de Roma que en 1997 publicó un librito titulado *Cristoforo Colombo e il Papa tradito*.¹ Marino, un lombardo afable y comunicativo, se obsesionó tanto

con aquel aparente anacronismo que compartió sus pesquisas con cuantos quisieran escucharlo. Y yo, naturalmente, fui uno de ellos.

No estábamos ante un enigma cualquiera, sino frente a uno inscrito en la tumba funeraria de un papa. Un misterio que, curiosamente, alberga otro más grabado en la misma losa sepulcral. En efecto: bajo la estatua triunfante del pontífice se lee también *Obit an. D. ni MCDXCIII*. «Muerto en el año del Señor de 1493.»

¿1493?

Pero ¿no murió Inocencio VIII en el verano de 1492? ¿Estaba ante otro de esos inexplicables malentendidos históricos que tanto me exasperan? ¿O tal vez, como parecía más plausible, ante un desliz intencionado? Y de ser así, ¿con qué objetivo se incluyó un error como ése ante los ojos de todo el mundo?

De algo estaba seguro: en 1493 ya era papa el español Alejandro VI, Rodrigo Borgia, y su gobierno impulsó como ninguno las aspiraciones de los Reyes Católicos en América. ¿Quién, entonces, y por qué, quiso borrar un hecho así del lugar de eterno descanso de su predecesor en el Trono de Pedro?

La cruzada secreta

—Tal vez el misterio de esa tumba, y de paso, del que rodeó la empresa de Cristóbal Colón, se entienda mejor si se estudian las obsesiones del papa Cybo.

Ruggero Marino, con quien me reuní por última vez en febrero de 2006 en Madrid, no dejó que le preguntara por las angustias pontificias. Comenzó a desglosarme sus descubrimientos con el entusiasmo de un colegial:

—En el verano de 1490 —me explicó—, Inocencio VIII estaba preocupado por el imparable avance de los musulmanes en el Mediterráneo. Constantinopla había caído en sus manos en 1453. Aquello fue una catástrofe para la cristiandad, que no se detuvo allí. En 1480, mucho más cerca de Roma, en Otranto, en

el «tacón» de Italia, los turcos habían degollado a ochocientos cristianos en una playa. Había que poner freno a esos avances, y la única fórmula eficaz era armar una cruzada que neutralizase al enemigo y reconquistase Tierra Santa.

—Pero en 1490 no se organizó ninguna cruzada —objeté, consultando mis cronologías del siglo xv.

—En realidad, sí hubo una... aunque fracasó antes de ponerse en marcha.

Ruggero Marino, muy serio, añadió:

—Lo que pocos recuerdan es que el papa Inocencio diseñó un plan que dividía Europa en tres grandes ejércitos. Uno a cargo de los Estados Pontificios, otro que agruparía a Hungría, Alemania y Polonia, y un tercero con el concurso de España, Francia e Inglaterra. Pero la inesperada muerte del rey de Hungría echó al traste el proyecto justo antes de reunir a las tropas.

Según me explicó Marino aquella tarde, pese a aquel contratiempo Inocencio no abandonó jamás su propósito, y ocupó sus siguientes dos años en organizar las finanzas con las que poner en marcha su reconquista de Jerusalén. Necesitaba oro, y en grandes cantidades. Pero ¿de dónde iba a sacarlo? ¿Y con la ayuda de quién?

Es en ese escenario en el que aparece el futuro Almirante de la Mar Océana. Según apunta Marino en su último ensayo *Cristóbal Colón, el último de los templarios*,² el Papa acudió a otro genovés para recaudar las finanzas necesarias con las que pagar su cruzada. Un genovés, como él, imbuido de su mismo espíritu mesiánico, y convencido de servir a un propósito superior.

—En el ambiente de la época flotaba la idea de que el inminente Año Jubileo de 1500 sería el momento perfecto para tomar los Santos Lugares. Y es probable que Inocencio viera en Colón al hombre perfecto para semejante empresa —me aseguró Marino.

De acuerdo con su tesis, el papa Cybo, el mismo que había dado el nombre de «católicos» a los reyes de Castilla y Aragón, fue quien abrió a Colón el camino hasta los monarcas españoles y favoreció la hazaña del Descubrimiento.

—Visto así —añadió—, el epitafio de Inocencio VIII cobra pleno sentido. ¿No crees?

Ruggero Marino sonrió pícaro. Estaba a punto de saber que el italiano aún se guardaba un as en la manga:

—Sé que lo que voy a decirte es polémico —advirtió—. Pero creo poder demostrar que la razón por la que el papa confió en Colón para este empeño, fue porque ambos estaban emparentados. Colón pudo ser un hijo ilegítimo de Cybo.

La sorpresa me paralizó.

—Varios elementos apuntan en esa dirección. Por ejemplo, el desconcertante parecido físico que existe entre ciertos retratos antiguos de Colón y los poquísimos del papa Inocencio que conservamos. Además, este papa fue de ascendencia judía, sobrino de sarracena y de abuela musulmana. De ser descendiente suyo, Colón tuvo, sin duda, fundados motivos para ocultar sus raíces, como así hizo.

Y añadió:

—Esto también explica por qué embarcaron tantos genoveses en el primer viaje de Colón. Y por qué bautizaron como Cuba la primera tierra que pisaron. Aunque parezca de origen indígena, ese vocablo deriva de Cybo, el apellido secular del Papa que a su vez procede de *Cubos* o *Cubus*.

Las profecías de Colón

—Entonces, ¿en qué quedó el proyecto de cruzada del papa Cybo? —acerté a preguntarle, atónito ante sus revelaciones.

—La respuesta debes buscarla en la Biblioteca Colombina, en Sevilla. Allí se conserva el único libro de puño y letra de Colón que ha llegado a nuestras manos: su *Libro de profecías*. Investígalo.

Lo confieso. Aquel desapacible atardecer de febrero, sentados frente a un café hirviendo en un bar del centro de Madrid, Ruggero Marino abrió ante mí una auténtica caja de Pandora. Comprobé que, en efecto, la Biblioteca Colombina, que se en-

cuenta dentro de los Archivos de la catedral de Sevilla, custodia aún hoy esa joya bibliográfica encuadernada en pergamino, de 70 hojas —originalmente fueron 84—, escrita por el mismísimo Cristóbal Colón. Su contenido, además, despejó algunas de mis dudas. Una de sus primeras frases definía el propósito del libro y daba la razón a la visión «cruzada» de Marino:

Comienza el libro o colección de autoridades, dichos, sentencias y profecías acerca de la recuperación de la Santa Ciudad y del monte de Dios, Sión, y acerca de la invención y conversión de las islas de la India y de todas las gentes y naciones, a nuestros reyes hispanos.

Este texto, que inexplicablemente no se publicaría hasta 1984, y que aún hoy es muy difícil de encontrar en librerías, esboza un retrato del Almirante inédito. O mejor aún: su autorretrato como cruzado. Su *Libro de las profecías* desgrana el perfil de un hombre erudito, un fanático coleccionista de citas bíblicas que según él prefiguraban su propia gesta, y un perfecto convencido de la importante misión que el destino había puesto en sus manos. Quizá por eso firmó todas sus cartas con el misterioso anagrama «Christo Ferens», que es la forma grecolatina de Cristóbal, y que significa «Portador de Cristo». Y, quizá también, llevado por ese espíritu de conquista, fue por eso que cosió tres enormes cruces templarias en los velámenes de las naos de su primer viaje. ¿O eso se debió a que los misteriosos caballeros de la cruz paté fueron los primeros en informar a Roma de la existencia de las nuevas tierras americanas, allá por el siglo XIII?

The image shows a handwritten anagram in black ink. The letters are arranged in two rows. The top row consists of the letters 'X', 'M', and 'Y' in a stylized, slightly irregular font. Above the 'X' is a small 'S', above the 'M' is a larger 'A', and above the 'Y' is another 'S'. Below the 'X' is a horizontal line with a small vertical tick mark at its right end. Below this line, the letters 'XPO FERENS' are written in a bold, blocky, serif font. The 'X' is significantly larger than the other letters in this row.

La misteriosa firma de Colón.

—Sea como fuere —me explicó Ruggero, que conocía tan bien como yo los rumores que hablaban de templarios en América—, Colón zarpó de las playas onubenses sintiéndose tan cruzado como aquellos caballeros del Temple que se hicieron con el corazón de Jerusalén tres siglos antes.

Mi encuentro con él me dejó una sola duda. Un interrogante enorme y de graves consecuencias históricas: ¿de dónde sacaron entonces Colón y el papa Cybo la certeza de que más allá de las Columnas de Hércules iban a encontrar la ruta hacia el oro que necesitaban? ¿De los templarios? ¿Acaso de navegantes judíos, como han especulado otros?

La búsqueda de una respuesta a esa incógnita terminaría llevándome muy lejos. Y mi primera parada iba a ser a orillas de la vieja Constantinopla.

El mapa del fin del mundo

Fue en agosto de 1998 cuando puse pie en Estambul con el firme propósito de investigar la historia de uno de los mapas más curiosos del mundo. Mi objetivo era un portulano de cinco siglos de antigüedad que, de aceptarse lo que contaban sus inscripciones, nos obligaría a reconsiderar cómo se produjo el descubrimiento de América.

El atlas en cuestión, fechado en 1513 y dibujado sobre una piel curtida de gacela de apenas 90 × 65 centímetros, todavía describe en detalle las costas atlánticas de España y Portugal, el cuerno de África, y buena parte de Centro y Sudamérica. Pese a que también incluye los perfiles de islas como las Maldivas, que no se cartografiarían hasta 1592, o marca el nacimiento del río Amazonas en los Andes, circunstancia ignorada a comienzos del siglo XVI, éstos son, realmente, los menores de sus enigmas.

Hoy, tan misteriosa «carta de marear» es, además, razonablemente famosa. Novelas como *El origen perdido*, de Matilde Asensi,¹ la convirtieron en un icono popular a principios de esta década, y yo mismo me ocupé de ella en un trabajo anterior, *En busca de la Edad de Oro*.² Sin embargo, pese a mi insistencia en que ese mapa esconde una pieza importante de la historia del Descubrimiento de América, pocos saben que fue pergeñada por un navegante turco llamado Muhiddin Piri Ibn Aji Mehmet, más conocido como Almirante Piri o Piri Reis, y concebida como un regalo para el entonces sultán otomano de Egipto.

Piri Reis nació en la actual Gallipoli, el puerto más famoso de Turquía en el siglo XVI. Sus astilleros eran la envidia de Europa. Allí se fabricaban los mejores barcos del momento, y desde la Edad Media disponía de una magnífica área residencial para los capitanes de las grandes flotas. En su juventud, Piri recorrió desde allí todas las costas del Mediterráneo y del Egeo, incluidas las españolas, levantando acta precisa de cuanto encontró a su paso. Ayudó a su tío Kemal Reis a evacuar a los musulmanes expulsados de Granada por los Reyes Católicos, y participó con él en decenas de asaltos a barcos cristianos.

Además, fue un magnífico cartógrafo. Un dibujante agudo y excepcional que tenía una obsesión particular: en sus mapas siempre anotaba cuanta información útil pudiera recabar durante sus escaramuzas de corsario. De hecho, fue así como concibió su obra *Bahriye* («De la Navegación»), un libro de 209 capítulos e ilustrado con 215 mapas, que abarca desde Dardanelos a Gibraltar, y en el que ofreció detalles de tanta precisión que sirvieron a los navegantes turcos durante siglos.

Pese a todo, ninguno de aquellos mapas alcanzaría en nuestros días la fama del atlas que regaló al sultán de Egipto. Hoy se lo considera una auténtica gloria nacional turca. Aparece en los billetes de 10 liras nuevas (unos 4,7 euros); varias paredes en Estambul lo reproducen en piedra o azulejo, y con frecuencia ilustra los carteles publicitarios de las oficinas de turismo del país. Tanta fama se la debe a Mustafá Kemal Atatürk, padre de la moderna y laica Turquía, ya que fue durante su mandato cuando se encontró el mapa —o mejor, la mitad occidental del mismo— entre los escombros de los entonces abandonados palacios del Topkapi.

De hecho, en 1929, Atatürk «adoptó» como propio aquel descubrimiento y lo convirtió en uno de los símbolos de su emergente república. Y tuvo éxito: no hay libro de mapas que aborde la cartografía del Nuevo Mundo que no lo incluya en un lugar de honor. Y con toda lógica. Mucho antes de que los cartógrafos europeos se ocuparan de dibujar los detalles de América, un turco lo había hecho con una precisión asombrosa. La cuestión es ¿cómo lo hizo?

Por increíble que parezca, un documento tan manido como este mapa todavía esconde una bomba de relojería para los americanistas. Piri Reis, el hombre que lo pintó, se cuidó mucho de contar la historia de su atlas en el largo texto que escribió sobre el perfil continental americano. Allí, cerca de la actual Cuba, insertó una frase explosiva:

Estas costas reciben el nombre de playas de las Antillas. Fueron descubiertas en el año 890 del calendario árabe, y se cuenta que un genovés infiel, de nombre Qulünbü (Colón), fue quien halló estos lugares.

La dinamita había quedado a la vista de todos, aunque casi nadie se ha fijado en ella hasta ahora: aquel «año 890 del calendario árabe» es una fecha anacrónica. Otra más en la curiosa historia secreta del Descubrimiento. Se corresponde con el año 1485 del calendario cristiano. Y en 1485 faltaban siete años para que un europeo pusiera pie al otro lado del Atlántico. ¿Estamos, pues, ante un error del cartógrafo turco? ¿Se equivocó Piri Reis al adelantar la fecha del Descubrimiento?

Algo me decía que allí, como en el epitafio del papa Inocencio VIII, no había error alguno.

«Nadie lo ha visto desde la época de Atatürk»

Cuando llegué al Topkapi y pedí ver el mapa original, mi sorpresa fue mayúscula: pese a que todos los catálogos consultados afirmaban que «el Piri Reis» estaba en ese recinto, el atlas no se mostraba en ninguna de sus vitrinas. Era ridículo. ¿Por qué su signatura, *R. 1633*, era de dominio público y el mapa, en cambio, no? Enseguida concerté una entrevista con la directora de sus museos, la doctora Filiz Cagman, que no tardó en excusarse por no poder complacerme.

—La petición que usted nos hace es en extremo insólita —dijo.³

«¿Insólita? ¿Era insólito querer admirar un mapa así?» Callé. Cagman no quiso explicarme por qué un mapa tan célebre estaba archivado y respondió con evasivas a mis preguntas. Me dijo que el documento se encontraba en un estado de conservación muy frágil y que nadie lo había visto en décadas.

Desconfié.

No entendía por qué trataba a ese mapa como si fuera un secreto de Estado. Ni siquiera cuando en 1998 se anunció su exhibición en el Pabellón de Turquía de la Exposición Universal de Lisboa, en 1998, las autoridades cumplieron con el compromiso de mostrarlo. ¿Qué les preocupaba? ¿Y por qué Cagman lo protegía con ese celo, rozando incluso los límites de la cortesía?

Mi necesidad de comprobar que el atlas decía «año 890», y no otra cosa, creció más que nunca. Y aquella vez abandoné el Topkapi sabiendo que no iba a parar hasta conseguirlo.

Durante los meses siguientes, planté batalla burocrática para ver con mis propios ojos el dichoso documento náutico. Al fin, en octubre de 2002, regresé a Estambul con las credenciales necesarias. ¿Lo conseguiría esta vez?

Recordé aquella frase de Napoleón cuando dijo que «la victoria es siempre del más perseverante», y apreté mis pasos hacia el familiar despacho de la directora de los Palacios del Topkapi. Qué ironía. Cuando ya creí vencidos todos los obstáculos, la asistente de la doctora Cagman, la señora Göksen, me prohibió el paso... ¡otra vez! Estaba ya a pocos metros del mapa, pero las autoridades turcas habían decidido ponérmelo aún un poco más difícil.

—Nadie lo ha visto desde la época de Atatürk —me dijo muy seria, recurriendo a un argumento ya familiar—, y yo no tengo autoridad para mostrárselo.

—¿Entonces?

—Le podemos facilitar una fotografía profesional del mapa, si lo desea.

Me encendí. Tras varias gestiones con los gabinetes de los ministros de Cultura y Turismo, y mis airadas protestas por aquella tomadura de pelo, al fin llegó la orden que abriría el ca-

mino hacia el atlas de Piri Reis. El 17 de octubre de 2002, a las diez de la mañana en punto, una de las conservadoras del Palacio me acompañó por fin hasta la Biblioteca.

Fue mi gran momento.

Con pompa, la funcionaria extrajo de un cajón de madera un trozo de piel ilustrado de casi un metro de largo, protegido apenas por una hoja de papel cebolla y un cartón. Era un mapa de colores vivísimos. Y, a primera vista, en un envidiable estado de conservación. Ninguna de las reproducciones que había consultado antes tenía aquel brillo: los blancos refulgían sobre el cuero; las líneas trazadas por el almirante Piri desde las dos rosas de los vientos de la carta casi estaban frescas.

—*One photo only*—una foto nada más, me dijeron. Fue la última concesión de las autoridades. Tal vez por las molestias. Así que decidí aprovecharla.

Con paciencia, armé mi cámara digital sobre el trípode, la dispuse sobre la mesa en la que estaba extendido el mapa, y mientras simulaba que preparaba la óptica, accioné el dispositivo de grabación de vídeo que llevaba inserto mi sofisticado equipo. No deseaba perderme ni un solo detalle de aquello. Además, era consciente de que aquel registro digital no causaría ni el más mínimo daño a aquella piel de cinco siglos de antigüedad y podría darme mucha información en el futuro.

—¿Por qué no exponen esta maravilla?—pregunté mientras mi cámara lo grababa todo.

La conservadora, sin perder la sonrisa, se encogió de hombros.

—¿Y cómo es que puede comprarse una reproducción del mapa en la tienda de recuerdos de ahí fuera, y nadie desde los años cincuenta ha podido contemplar esta joya de la cartografía?

Nuevo silencio. Aquel mapa parecía recién salido de la mesa de un pintor. Los rigores del tiempo no habían hecho mella en él. La obsesión de las autoridades turcas por esconderlo se me hacía más incomprensible a cada minuto.

—¿Puede leer turco antiguo?—pregunté tratando de acallar mi desconcierto.

Al fin, la funcionaria asintió orgullosa.

—¿Qué dice aquí?

Ella, solícita, echó un vistazo al inicio de la inscripción más larga del mapa, y luego dijo:

—Año 890 del calendario árabe... Tal vez 896. No está muy claro. Pero ciertamente parece 890.

—¿Y sabe lo que eso significa?

—Sí —dijo—. Es una fecha. O 1485, o 1491.

Suspiré. ¡Ahí estaba el gran enigma de este mapa! Uno aún mayor que las especulaciones sobre el perfil de la Antártida sin hielos que se adivina en la parte inferior del mismo, o el dibujo de guanacos —una especie de ciervo autóctona de Chile y Argentina— todavía no descubiertos por los españoles en 1513.

El esfuerzo había valido la pena. Allí, en efecto, se escondía un gran misterio. Uno más en esta cadena de anacronismos que me había propuesto investigar.

Fue al seguir leyendo el resto de la inscripción del mapa, cuando descubrí que Piri Reis había elaborado su carta de América gracias a las informaciones proporcionadas por un prisionero español que había acompañado a Cristóbal Colón en sus tres primeros viajes. Y fue éste quien le facilitó todos los detalles y el mismo que le habló de cierta carta (un *protomapa*, debiera decir) que el Almirante llevó consigo para su empresa.

Pero ¿por qué erró el prisionero al dar la fecha del primer viaje de Colón al Nuevo Mundo?

¿O es que quizá no lo hizo?

Para Ruggero Marino, el presunto desliz del atlas de Piri Reis demuestra que Cristóbal Colón pudo haber hecho un «viaje secreto», de exploración, a América, siete años antes de su travesía oficial. Ese viaje, según el autor de *Cristóbal Colón, el último de los templarios*, se hizo poco después de que el futuro Almirante descubriera que el rey Juan II de Portugal lo había traicionado.

Y me explico: por aquel entonces, Colón trataba de vencer a la Corona portuguesa de la existencia de ricas tierras allende las Columnas de Hércules. Nadie pareció hacerle caso, pero el rey portugués, a sus espaldas, envió *Mare Tenebrossum*

adentro a un capitán de Madeira llamado Domingo de Areo para que explorara esas supuestas tierras. A finales de 1484, Areo había fracasado en su empeño, pero las noticias de su intentona llegaron a oídos de Colón. Y éste, enojado, desapareció de la corte del rey Juan para no dejarse ver de nuevo hasta un año más tarde, en 1486, inclinado ante el trono de los Reyes Católicos.

¿Visitó Colón América en ese «tiempo perdido»? ¿Tiene razón el mapa de Piri Reis al marcar la fecha de su primer viaje en el «año oscuro» de 1485? ¿Fue gracias a ese *protoviaje* por lo que Colón siempre estuvo convencido del éxito de su empresa?

No por casualidad, en torno a esas mismas fechas nació otro desconcertante rumor. Según varias relaciones publicadas a partir de 1574,⁴ unos diez años antes del primer viaje oficial de Colón, un capitán llamado Alonso Sánchez de Huelva fue arrastrado por una tormenta hasta las costas americanas. El tal Alonso, que debía conducir su embarcación de Vizcaya a Inglaterra, sufrió un golpe de mar que quebró su timón y lo arrojó contra una tierra ignota, lejos de España, habitada por indígenas que le tomaron por un dios. Sánchez enseguida intuyó que se había tropezado con algo grande. Trató de reconstruir su periplo en los diarios de a bordo al tiempo que ordenó a sus hombres que reconstruyeran su nave y se prepararan para el regreso. Cuando todo estuvo listo, pusieron rumbo a casa cayendo en otra desgraciada travesía. Atracaron en la Gomera casi a punto de naufragar. Y allí fueron atendidos por los hombres de Inés de Peraza, condesa de la isla.

Pero lo mejor aún estaba por llegar.

Según la crónica que Juan López de Velasco hizo de estos hechos a finales del XVI, la casualidad quiso que conociera a Colón. Alonso Sánchez, extenuado, murió en brazos del futuro Almirante, legándole in extremis el mapa de su travesía y el relato completo de sus desventuras.

¿Fue ése el «mapa madre» que guió a Colón y, años más tarde, al propio Piri Reis?

Las misteriosas fuentes de Piri Reis

La doctora Afet Afetinan, hija adoptiva de Atatürk y la estudiosa que más tiempo ha pasado junto al atlas hoy conservado en el Topkapi, sostuvo en uno de sus informes algo que siempre me ha dado que pensar. Llegó a la conclusión de que Piri Reis consultó no menos de treinta y cuatro mapas antes de elaborar el suyo. «Veinte de éstos —escribió Afetinan—, no tienen fecha. Sólo ocho fueron dibujados por musulmanes, de los que dos copias están en Estambul: uno de ellos fue diseñado por Ibrahim de Tunis (1413), ahora en la Librería del Palacio Topkapi, y el otro por Ibrahim de Trablus (1460), ahora en el Museo Naval de Estambul.» Y añadió: «Cuatro de estos mapas eran nuevos, dibujados por portugueses, otro árabe señala el océano Índico, los mares de China y algunas partes de África; y otro era de Cristóbal Colón, del hemisferio sur.»⁵

Por desgracia, desconocemos el paradero de los más importantes. Entre ellos el del propio Colón, o el presunto de Sánchez de Huelva, cuya memoria apenas pervive hoy en oscuro busto en la onubense plaza del Doce de Octubre. Por culpa de esa seria laguna documental, llevo años obligándome a examinar otros viejos mapas. Algunos tan controvertidos como el que describiré en las páginas que siguen.